

SAFO y SANTA TERESA de JESUS.

II

Ahora recuerdo que los escritores que acusaban a Safo son los más posteriores a su siglo...Ahora medito en que muchos hombres opinan contra la ilustración del bello sexo y trabajan por sofocar sus instintos de gloria...Ahora comprendo que también la envidia se apodera de las almas varoniles...

Yo aparto mis ojos de esos ingratos escritos, cierro mis oídos a esos vagos rumores que pretenden deslucir la aureola de Safo, y la veo y la escucho por la visión del entendimiento, y la juzgo por la conciencia del corazón.

Safo triunfa en la sabia Atenas, y la admiración, el entusiasmo de un pueblo entero y el amor de cien discípulas premia el celo de su tarea. Pero gloria y amistad abandona por Faon, a cuyos pies coloca la corona con que ha sido premiada en el templo de las Artes. Faon acepta su ofrenda para adornarse con sus laureles, desprecia al brillante ingenio y se une a otra.

¡Ay! ¡El dolor que debió desgarrar las entrañas de Safo es inconcebible para los que tenemos el consuelo de la religión cristiana! Nosotros no podemos saber hasta que grado de exaltación llegó la fiebre de aquella inflamada cabeza pocos momentos antes de cometer el suicidio. ¡El mar de Grecia, que apagó el ardor de su sangre hirviente y gangrenada por los celos; el mar de Grecia, que comprimió los últimos latidos de su pecho destrozado, que sofocó sus últimos sollozos; el mar de Grecia solamente pudo saber como hizo su tránsito a la eternidad esta triste alma enamorada!

Bajo tres puntos de vista distintos hay que considerar a Teresa: como mujer, como monja y como poetisa. Todo lo que tiene de mujer, la eleva a la altura de las mártires santas; todo lo que tiene de monja, amengua su grandioso carácter; todo lo que tiene de poetisa, inmortaliza su nombre.

Noches enteras sobre el libro de Teresa he meditado en lo que debió sufrir esta mujer grande, y me he identificado con su infortunio.

Teresa era, por la inocencia de su alma, niña todavía cuando se enamoró de un joven. Sus palabras amorosas se parecen a las de *El cantar de los cantares*. Todo su amor eran *pláticas*. “Las horas – dice – pasaba platicando, que cosas deshonestas las aborrecía”.

Pero su amante llega a pedir su mano y Teresa se halla en un gran conflicto. Un sentimiento instintivo de repulsión la detiene. Por la primera vez piensa en su castidad. Compara su vida con la que le cuentan su amante y rehúsa. Pero el corazón de Teresa, lleno de ternura, vuelve a sentir la necesidad de amar, y torna a encontrarse en la misma lucha de contradicciones. ¿Qué son estas contradicciones? ¿Será que Dios ha puesto en el alma de las mujeres inteligentes y puras la conciencia de su valía y temen degradarse con el contacto de seres menos puros que ellas?

En el siglo de la Inquisición todos los sentimientos humanos, todas las verdades fisiológicas se explicaban por la Teología. La mente de aquellos sabios no se ocupaba sino de ideas abstractas, que tuviesen relación con la divinidad, y miraban con desdén el estudio del corazón. Una doncella enamorada era, cuando más, un objeto de compasión para los doctores de la Iglesia, que no podían resolver el problema de sus afectos contrarios sino por la *inspiración de Dios y las*

sugestiones del demonio. Una doncella que en sus perplejidades acudiese al confesionario, quedaba confundida y espantada del estado de su alma, y corría a hacerse la esposa de un hombre o la esposa de Dios para evitar la condenación eterna. Todo detenimiento en las contemplaciones del amor, que a la par deseaba y temía, eran miradas como una llama impura que brotaba de las *hogueras del infierno* para arrastrarla a la perdición. Amar espiritualmente, amar con las ilusiones de la inocencia, con el vago encanto de un corazón virgen que se sustenta de palabras, de miradas, de armonía, de luz, era un crimen para los frailes...

¿Qué sabían los frailes del amor espiritual? Si la doncella defendía el derecho de vivir algunos días más de libertad, embebecida en sus cándidos sueños, recuerdos aún de los días infantiles, era la *tentación de Satanás*, que escondía sus uñas entre las blancas muselinas de su lecho para mejor despedazar el honor de la doncella. El pudor que resistía era la *malicia* siempre del *enemigo*. El llanto que la arrancaba el sacrificio de su amor, era la *flaqueza de la criatura*.

*

* *

Así debieron explicar a Teresa los sapientísimos doctores las causas de sus aflicciones y de sus dudas, cuando enamorada todavía de un hombre se decidió a consagrarse a Jesús. Creo verla en este supremo instante de renunciar a lo que amaba, indecisa y atormentada, poner solemnemente la mano sobre su pecho y prorrumpir en llanto. Representase la tierna felicidad de dos seres unidos con el lazo santo de una mutua pasión, y adivina que esta felicidad ha debido existir en el mundo. Vuélvese a pensar en su amante; pero de nuevo retrocede, de nuevo compara y pregunta a Dios: ¿Mi compañero donde está?

Todavía arroja una mirada en la juventud del siglo XVI para ver si halla al compañero que le ha destinado Dios; pero el siglo desierto, el mundo la murmura, su honra padece, los confesores la estrechan y Teresa se encierra en el claustro.

Triste, muy triste debió ser el día de aquel suicidio moral en que se robaba al mundo el más claro espejo de las virtudes, el más bello modelo de su sexo, para sepultarlo en la oscuridad de un claustro y consumir en insomnios y abstinencias una fuerza que hubiera podido emplearse en beneficio de la sociedad. Porque si aquella mujer heroica hubiera encaminado su enérgico instinto hacia la educación de las familias; si los veinte años de inauditos trabajos que pasó para fundar conventos y educar célibes los hubiera empleado en fundar colegios y en instruir madres, hubiera regenerado a España. Apartando la corrupción a mil doncellas no hacía sino disminuir el número de las malas mujeres. Pero dando a la sociedad mil madres educadas, hubiera aumentado el número de buenos hijos.

Más daño que los luteranos, hacía a la religión el pervertimiento de las costumbres, y si Teresa hubiera aplicado su camino de perfección a la perfección, no de las monjas, sino de las madres, hubiera hecho brotar una generación ilustrada en vez de secarse el corazón de sus vírgenes.

Esas mujeres superiores a su sexo son las que han de empezar la obra de la educación. Esas grandes abejas que vienen de primavera en primavera al campo de la sociedad son las que han de reunir a las abejas dispersas. ¡Oh, qué rica hubiera sido la colmena si la maestra de estas pobres abejas, que se devoraban en la inacción y el desorden, hubiera dirigido sus tareas a la utilidad del género humano! Pero los frailes espantaron del mundo a la gran maestra y la encerraron donde ni luz, ni agua ni flores tenía para labrar sus panales.

*

* *

La mano de los frailes detuvo el progreso de un siglo y esterilizó el más productivo de todos los talentos de mujer y la más fecunda de todas las virtudes. Felipe, a quien declara la Historia por rey tan sabio, no comprendió mejor que los frailes la misión de Teresa. No la consideró sino como a una beata que debía conjurar con sus rezos la invasión de los luteranos, y la protegió para que inspirase a otras vírgenes su beatitud, diezmando las familias con la institución de nuevas Órdenes.

El fanatismo ahogó aquel día el noble impulso del genio, que pretendía abrirse camino por medio de los pueblos para ilustrar a las gentes.

Remordimientos del amor y de la inteligencia, sacrificados, debieron agitarse con horribles tormentos en aquella organización vigorosa, cuando la redujeron al estado que vamos a describir, copiando sus palabras:

“Quedé de estos cuatro días de parasismo de manera que sólo el Señor puede saber los insoportables tormentos que sentía en mi. La lengua hecha pedazos de mordida – he aquí, un magnífico verso endecasílabo -, la garganta de no haber pasado nada, y de gran flaqueza que me ahogaba, que aún el agua no podía pasar. Toda me parecía estar descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza. Toda encogida, hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos días, sin poderme menear ni brazo, ni pie, ni mano, ni cabeza, mas que si estuviese muerta.....

“Dióme aquella noche un parasismo, que me duró estar sin sentido cuatro días, poco menos. En esto me dieron el sacramento de la unción, y cada hora o momento pensaba expiraba, y no hacían sino decirme el Credo, como si alguna cosa entendiera. Teníame a veces por muerta, que hasta la cera me hallé después en los ojos.

“Día y medio tuvieron abierta la sepultura en el Monasterio, aguardando el cuerpo allá. A la que esperaban muerta recibieron con alma; mas el cuerpo, peor que muerto...para dar pena verle. El extremo de flaqueza no se puede decir, que sólo los huesos tenía; ya digo que estar así me duró mas de ocho meses; el estar tullida, tres años. Cuando comencé a andar a gatas alababa al Señor.”

Descripción que horroriza, porque se ha visto el corazón luchar, resistir, desbaratarse y quedar con un resto de vida para que la muerte no le de descanso, para que sea una larga agonía.

¡Oh, una criatura tan hermosa, que era pasmo de las gentes, se suicida en la belleza y asiste a los funerales anticipados de su juventud, y ve pasar la imagen de si misma sin dejar a su amor una débil copia, y se levanta como una sombra sobre su propia tumba!

¡Oh, Teresa! ¡Quién sino una mujer podrá comprender el valor de este triunfo! Nosotras, que sabemos como la sangre hierve en nuestras venas en esas horas de fiebre en que nos abraza la pasión; nosotras, que sabemos como el recuerdo de una mirada hace vibrar nuestras fibras; nosotras podemos comprender lo que sufriste, hora por hora, en esa gran batalla del espíritu contra el corazón! ¡Esas noches de locos insomnios, de sueños falsos en que el dolor físico y el dolor moral, reunidos en nuestro desventurado cuerpo, nos hacen ver iluminado el aire, globos de luz en la oscuridad, y nos hace escuchar ruidos sordos, como un torrente lejano, como una rueda que gira! Esos vértigos, esos delirios, esas ansias, esos desmayos, esa postración que, lamentablemente, viene después que hemos consumido gota a gota el caudal de nuestra sangre en la enfermedad, los comprendemos nosotras. Pero, ¿quién, Teresa, tendrá la virtud de alabar, como tu, a Dios en medio de ese

tremendo martirio, y quién sino tu puede considerarse dichosa, porque al fin el dolor dejó tus miembros tullidos y *te permite arrastrarte por el suelo?*

He dicho que todo lo que tiene la monja amengua su grandioso carácter: en efecto, advierte en Teresa, como monja, una tendencia tan exagerada a rebajarse, una sumisión tan esclava al saber de los hombres, un fanatismo tan exaltado hacia las preocupaciones absurdas de las órdenes religiosas, que altera la ingenuidad y desfigura la sencillez de su alma. Por muy humilde que sea una criatura, no hace abnegación de la conciencia de que Dios ha puesto en ella para que conozca su propia dignidad. Dejaría de ser sensible al se que no conociera la satisfacción íntima de sus virtudes, y sería despojar a la Humanidad del derecho de estimarse si se la supusiera ignorante para juzgar sus propios actos. Teresa conocía el valor de las virtudes, puesto que las practicaba; y si las practicaba porque las conocía, debía saber que estaba en posesión de su tesoro. ¿Por qué declararse la más ruin y pecadora de las criaturas? ¿Por qué afirmar que su maldad la espantaba? Por modestia, responderán los frailes. Pero esto no es exacto. La modestia es el silencio del orgullo. La modestia no es la ostentación de la humildad.

Teresa atribuye cuanto escribe y cuanto habla a revelación de las visiones. Teresa confía a un ignorante fraile el precioso caudal de una obra que ella misma cree inspirada por Dios, y le ruega que la destruya. Si tanta era su fe en la gracia divina, ¿por qué somete sus ideas a la aprobación del fraile, a quien se reconoce superior en talento y virtudes? Si duda de su propio talento, ¿por qué dice que le inspira la gracia divina?

La monja lo explica sí en el libro de su vida:

“Siempre que el Señor me daba una cosa en la oración, si el confesor me decía otra, me tornaba el mismo Señor a decir que le obedeciese. Después el Señor le volvía para que me lo tornase a mandar”

No puede darse una solución más ingeniosa que esta conformidad entre Dios y el fraile para ponerse de acuerdo en lo que habían de mandar. El grande corazón de Teresa se comprime, su espíritu se amilana, su entendimiento se confunde, y hasta su buena fe vacila cuando habla como monja. Monja perfecta era, yo no lo niego; pero cuanto más perfecta la monja, más imperfecta la mujer. Todo cuanto hace la monja es contrario a la naturaleza, a la verdad, a la inteligencia, al derecho de la criatura. Para ser buena monja hay que disfrazar las pasiones, abdicar la reflexión y despojarse de toda legítima dignidad. No era dado a Teresa presentarse de otro modo en un siglo en que dominaba la superstición y el despotismo eclesiástico. Pero es doloroso ver que ni la santa pudo librarse de aquella contagiosa humildad que prevenía el desprecio de si misma hasta la bajeza de aquel abuso de la doctrina de Jesús, que hizo tantos hipócritas por hacer tantos santos. El monjío fue para Teresa como una careta que puso a su sencillo carácter. Teresa no había menester el encierro para ser santa. Mujeres del temple de Teresa pueden marchar solas por medio de la sociedad sin temor de descaminarse. Más difícil debió ser a Teresa el conservarse pura en la inacción y la soledad del claustro, que le hubiera costado serlo entre el bullicio y movimiento del mundo; porque los dos enemigos mayores de la virtud de las mujeres son la inacción y la soledad. Tal vez Teresa no había nacido para esposa de un hombre. Tal vez el don de la teoría absorbe la facultad de la práctica, y le estaba vedado a Teresa ser esposa y ser madre para poder dirigir la educación de las madres y de las esposas. Tal vez necesitaba la concentración de sus afectos, la vida célibe, la virginidad para escribir esas inmortales obras llenas de convicción profunda, llenas de virtud patente, que habían de instruir a generaciones de mujeres. Pero cercándola de yerros y escudándola con votos, no hicieron los frailes sino desvirtuar la gracia de la fortaleza que Dios le había concedido.

Apartemos la vista de la monja para admirar a la poetisa. Teresa, como poetisa, no tuviera rival en el mundo si no existiera el nombre de Safo.

En vano las hijas de Bretaña y las eruditas francesas formarán un catálogo de ilustres mujeres que llenaron la Europa con el sonido de su fama. Una página sola del libro de Teresa encierra más poesía que centenares de volúmenes de las extranjeras ediciones.

Empezando por el libro de su vida, esta sencilla historia escrita con la unción de la verdad y de la fe, es un gran poema religioso. Cualquiera de los párrafos que parecen prosa, porque no contienen consonantes, es un canto por la entonación de sus pensamientos.

Así exclama, después de referir con la viveza del dolor sus continuas tribulaciones:

“¡Oh, Señor mío! ¿Cómo sois vos el amigo verdadero, y como poderosos, cuando queréis podéis; nunca dejáis de querer si os quieren! Alaben os todas las cosas, Señor, del mundo. ¡Oh, quién diese voces por él para decir cuan fiel sois a vuestros amigos! Todas las cosas faltan. Vos, Señor de todas ellas, nunca faltáis. Poco es lo que dejáis padecer a quien os ama. ¡Oh, Señor mío, que delicada, pulida y sabrosamente! ¡Oh, quien nunca se hubiese detenido a amar a nadie sino a vos! Parece, Señor, que probáis con rigor a quien os ama, para que en el extremo del trabajo se entienda en mayor extremo en vuestro amor. ¡Oh, dios mío, y quien tuviera entendimiento y letras y nuevas palabras para encarecer vuestras obras como lo entiende mi alma!”

Todo el libro está escrito con este poético entusiasmo.

El camino de perfección es un tratado completo de educación y es, por lo mismo, más filosófico que poético. Pero cuando abandona Teresa la parte doctrinaria y deja volar su espíritu en contemplación de Dios, se la oye que exclama:

“¡Oh, Emperador nuestro! ¡Sumo poder, suma bondad, la misma sabiduría, sin principio, sin fin, sin haber términos en vuestras perfecciones, son infinitas sin poderse comprender un piélago sin suelo, de maravillas, una hermosura que tiene en si todas las hermosuras!.....”

Las moradas interiores son otro poema; pero un poema épico en lo abstracto. Un poema dividido en siete cantos, las siete moradas del castillo, bajo cuya alegoría representa el alma. La poetisa transforma las pasiones de los guerreros que combaten este castillo, y anima con el calor de las imágenes más vivas la resistencia de la virtud. Los teólogos contemporáneos de Teresa hubieran necesitado un fárrago de indigesta metafísica para dar definición del alma que Teresa hace comprender con algunas metáforas solamente.

“Antes que pase adelante os quiero decir que consideréis que será ver este castillo tan resplandeciente y hermosos, esta perla oriental, este árbol de la vida, que está plantado en las mismas aguas vivas de la vida, que es Dios: cuando cae en un pecado mortal no hay tinieblas mas tenebrosas, ni cosa tan oscura y negra que no lo esté mucho mas.”

El pensamiento, la combinación de formas de *Las moradas interiores*, su desarrollo y el feliz término que pone Teresa a esta obra atrevida, colocan a su autora al nivel de los más altos ingenios españoles.

Pero donde se comprende la inspiración profética de Teresa es en *Los conceptos del amor a Dios*. Nada se ha escrito después de *El cantar de los cantares* de más tierno, de mas apasionado, de más divino. *Los conceptos del amor a Dios* son un continuo arrobamiento, un deliquio de amores santos, que dejan el alma lánguida con su lectura. ¡Como debía sentir Teresa cuando escribía así sobre este versículo de la Biblia!:

“Sostenedme con flores, fortalecedme con manzanas, que me desmayo de amor.”

“¡Que lenguaje tan divino éste para mi propósito! ¿Cómo, esposa santa, mataos la suavidad, porque, según he sabido, algunas veces es tan excesiva, que deshace el alma de manera que no parece ya que la hay para vivir, y pedís flores? ¿Qué flores son éstas? Porque este no es el remedio, salvo si no las pedías para acabar ya de morir, que, a la verdad, no se desea ya cosa más cuando el alma llega aquí.”

Bajo tres puntos de vista distintos he considerado a Teresa, y a pesar de eso no hemos visto de ella sino mediana filosofía. Teresa es un genio medio desarrollado, y valed todavía más por lo que no ha hecho y lo que no ha escrito, que por su vida y sus obras. ¿Pero cómo explicamos un mérito negativo? ¿Cómo en una pintura comenzada podéis elogiar la perfección de los rasgos que faltan al lienzo? Yo os lo diré. Si la pintura es de Murillo, debéis adivinar cuando los ojos de la imagen estén dibujados como debe ser la boca que armonice con ellos. Por esos acentos que se escaparon de los labios de Teresa podéis adivinar como hubieran sido sus cantos si los frailes no los ahogaran en su garganta. Por esos libros que se escaparon de las llamas de la censura podéis adivinar cómo fueron los que redujeron a cenizas sus directores espirituales. Sobre aquel cráneo pesaba una mano de plomo que no la permitía levantar sus ideas sino a la altura de sus preocupaciones. Adivinad cuál hubiera sido su vuelo con aire y libertad. Adivinad cómo hubiera cantado Teresa fuera de aquellas cuatro mezquinas tapias que reducían a tan pequeñas dimensiones todas las ideas poéticas.

Dad a su vista campos de risueña vegetación, la alegría de nuestros hermosos ríos, la contemplación del majestuoso océano. Llevadla desde las columnas de Hércules hasta el golfo de Nápoles. Desterrarla, como a Stael, a la romántica Suiza, para que se agraven sus meditaciones filosóficas bajo la sombra de aquellas austeras montañas y de aquel nebuloso cielo. Que se embarque como Lady Stanohpe en los mares de Oriente, y que vaya a nutrir su pensamiento con la savia religiosa que circula hasta por los troncos de los cedros del Líbano. Que torne mas tarde a Europa y oiga como Jorge Sand la voz de los sabios de Francia, y que termine su peregrinación recorriendo los bosques de la América virgen. Entonces conocerá las grandezas de Dios, todas las miserias de la Humanidad. Entonces se dilatará su mente comprensiva y romperá en un canto, resumen de todos los humanos ecos y tan alto como el himno que los profetas elevaban a Dios. Entonces veréis la juventud lozana de ese genio, que enfermó en la niñez y murió de consunción en el limitado círculo de un monasterio.

IV

¡Cuánta diferencia parece que existe entre estas dos mujeres, y, a pesar de eso, qué analogía, qué similitud, qué identidad hay en las dos!

Allí veo a Safo en medio de sus discípulas.

Allí veo a Teresa en medio de sus hermanas.

Ambas regalan generosamente a esta pobre mitad del género humano el caudal de sus lecciones, y ambas sienten un amor intenso hacia sus discípulas y sus hermanas.

La caridad se revela en Safo por la ardiente solicitud con que cultiva el talento de sus compañeras de gloria.

La caridad se revela en Teresa por la severa disciplina con que conserva la virtud de sus compañeras de martirio.

Ambas forman una escuela para elevar a la mujer.

Safo juzga que las eleva coronándolas de laureles.

Teresa vistiéndolas de silicios.

Safo las hace componer versos.
 Teresa pronunciar oraciones.
 Safo las habla de triunfos.
 Teresa de penitencias.
 Safo las lleva al Liceo.
 Teresa las conduce al altar.
 Y las dos creen trabajar para la virtud y la gloria.
 Ambas luchan por el triunfo de sus doctrinas.
 La hija de la República se emancipa del yugo que la sociedad ha impuesto a su sexo y proclama en sus cantos la libertad.
 La hija del absolutismo se encierra en el claustro y abjura la independencia de la mujer.
 La poetisa de Atenas quiere establecer liceos en todas partes.
 La doctora de Ávila quiere fundar conventos.
 Y ni a la una la contienen las calumnias de sus enemigos, ni a la otra las persecuciones de sus contrarios.
 A las dos misioneras del bello sexo las faltó para llevar a cabo su grande obra, a Safo la religión cristiana; a Teresa la libertad.
 Safo vino al mundo demasiado temprano.
 Teresa demasiado tarde.
 Safo demasiado temprano, porque aun no se había destruído el gentilismo, ni había nacido la Virgen María, modelo de pureza, de castidad, de virtud.
 Teresa demasiado tarde, porque ya los frailes habían falseado los principios del cristianismo y anulado los derechos de la mujer.
 Los obstáculos que Safo halló en su siglo fueron Baco, Venus y toda la inmortal caterva de dioses fabulosos.
 Los obstáculos que halló Teresa fueron los frailes.
 El deseo de las reformas, la aspiración hacia un bien, cuyo término era desconocido para ambas, agitaba sus cabezas y las hacía pensar en la regeneración.
 Safo en España, nacida en el siglo de la tiranía, a la sombra de Felipe II, hubiera hecho refluir su poesía en la religión y ceñiría su cabeza con el capelo de doctora...
 Teresa, bajo el cielo de Grecia, en el siglo de la libertad, iluminada por los rayos de Solón, hubiera espaciado su fantasía y ceñiría la corona de laurel.
 La misma analogía, la misma similitud, la misma identidad hay en sus corazones.
 Abrasadas ambas en un amor innato, vivo, tierno, sublime, inapagable, ambas se enamoran en la juventud: Safo, de Faon, Teresa, de Jesús.
 Sus escritos revelarán su pasión mejor que sus palabras:

*Safo. Feliz quien junto a ti, por ti suspira;
 quien goza del placer de oír tu habla.*

*Teresa. Mira que muero por verte,
 y vivir sin ti no puedo.*

*Safo. Siento, de vena en vena, sutil fuego
 discurrir por mi cuerpo al ver tu cara.*

*Teresa. Todo es para más penar,
 por no verte como quiero.*

*Safo. Extiéndese una nube por mis ojos,
 Pierdo el sentido, oprímenme las ansias.*

*Teresa. ¡Ay, qué larga es esta vida!
 ¡Qué duros estos destierros!*

Safo. Y pálida, sin pulso, sin aliento,

me hielo, me estremezco, exhalo el alma.
Teresa. *Y causa en mi tal pasión
ver a mi Dios prisionero,
que muero porque no muero.*

Safo amaba a un hombre y Teresa a un Dios, y, a pesar de eso, las emanaciones de su pasión son las mismas.

También Safo es espiritual cuando se contenta con el placer de una mirada.

También Teresa es voluptuosa cuando al tocar la sagrada hostia de la comunión siente que su sangre hierve, que sus oídos zumban, que se turban sus ojos y que su lengua se abrasa.

Y es porque Safo diviniza a su amante; y es porque Teresa personifica a su Dios.

Si os repito los coloquios de Safo con Faon, cuando está separada de él, cuando le ve en el ideal, creeréis que es el arrobamiento divino de Teresa con Jesús.

Si os cuento los coloquios de Teresa delante de Jesús, cuando sueña que le habla y le responde, que le escucha y le admira, creeréis que es Safo que habla con Faon.

Safo renuncia a su gloria.

Teresa al mundo.

Safo vaga por las noches, errante, trémula, desgreñada en torno de la casa de Faon.

Teresa pasa las noches en el insomnio, en el llanto, al pie de la Cruz.

Safo arranca sus cabellos llamando a Faon.

Teresa macera sus carnes invocando a Jesús.

Safo acude en sus aflicciones a las pitonisas y cumple sus presagios.

Teresa se postra ante los frailes y cree en sus revelaciones.

Religiosas ambas, según sus creencias, llenas de unciones misteriosas, de aspiraciones sobrenaturales hacia la divinidad. Confiadas, crédulas, supersticiosas, son juguetes ambas de la malicia de sus falsos oráculos.

Las dos pasan su juventud en el éxtasis de la pasión, y las dos sucumben al vértigo que las domina.

Ambas desean morir.

Safo busca la muerte en los mares.

Teresa en la horrible penitencia que quebranta su cuerpo.

Safo, en la agonía, aún clama por Faon.

Teresa vuelve su postrera mirada al Santo madero.

La división del amor profano y del amor divino es, en cierto modo, una división falsa de la metafísica.

Muchas veces el amor se hace profano por el objeto sensual que elige.

Muchas veces se idealiza el amor porque se consagra a un objeto inmaterial.

Si Safo, comprimida por la rígida estrechez de las leyes monásticas, se hubiera fijado en el Dios del cristianismo, hubiera amado Como Teresa y hubiera muerto al pie de la Cruz.

Si Teresa, libres los sentimientos y familiarizada con las licenciosas doctrinas de los dioses paganos, hubiera elegido por su amante a un hombre, hubiera amado como Safo, y hubiera muerto en los mares.

Todas las semejanzas que existen entre estas dos mujeres las crearon sus diferentes religiones, la educación, las costumbres de sus distintos países.

Dotadas ambas de un talento flexible y comunicativo, hubieran dado iguales resultados colocadas en un mismo siglo y en una misma sociedad. Sus almas se tocan, sus ingenios fraternizan. ¡Safo! ¡Teresa! Sois un engendro de la madre

eternidad, para quien los siglos son minutos, que os dio a luz casi a un mismo tiempo. Sois dos *gemelas* que habéis recibido un mismo soplo de vida y la misma inspiración inmortal, que os hará marchare juntas en los siglos.

El mundo antiguo tuvo para Safo una estatua.

El mundo moderno tiene para Teresa un altar.

Carolina CORONADO.

(Continuará)

NOTA DE UPASIKA: En las ediciones posteriores de Sophia no se incluyó la parte siguiente de este artículo pero lo hemos transcripto [colaborador José P. Sainz, 2009] porque es lo suficientemente interesante como para ser incluido en la web.